

AL OTRO LADO DEL VESTIGIO

Políticas del conocimiento y arqueología indisciplinada

AL OTRO LADO DEL VESTIGIO

Políticas del conocimiento y arqueología indisciplinada

Alejandro Haber

Universidad Nacional de Catamarca / CONICET

Ediciones del *Signo*



Universidad
del Cauca

J
Arqueología
S

Haber, Alejandro.

Al otro lado del vestigio : Políticas del conocimiento y arqueología indisciplinada / Alejandro Haber.-- Popayán : Universidad del Cauca. Sello Editorial, 2016.

265 p. : fotografías, ilustraciones.

Incluye referencias bibliográficas : pp 247-257, e índice analítico : pp 259-265.

ANTROPOLOGÍA CULTURAL. 2. ARQUEOLOGÍA - AMÉRICA LATINA. 3. ARQUEOLOGÍA - INVESTIGACIONES. 4. ETNOLOGÍA - AMÉRICA LATINA. I. Título. II. Universidad Nacional de Catamarca / CONICET. III. Universidad del Cauca.

ISBN: 978-958-732-238-5

SCDD 21: 980.48 H114

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995
Catalogación en la fuente – Universidad del Cauca. Biblioteca

© Universidad del Cauca, 2017

© JAS Arqueología, 2017

© Ediciones del Signo, 2017

© Alejandro Haber

Primera edición: Editorial Universidad del Cauca /
JAS Arqueología / Ediciones del Signo, febrero de 2017

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Corrección de estilo: José Rodrigo Orozco Papamija

Diagramación: Daíán Alexa Muñoz De la Hoz

Diseño de carátula: Emilio Eusse Simmonds

Editor General de Publicaciones: Alfonso Rafael Buelvas Garay

Editorial Universidad del Cauca

Casa Mosquera Calle 3 No. 5-14

Popayán, Colombia

Teléfonos: (2) 8209900 Ext 1134 - 1135

editorialuc@unicauca.edu.co

JAS Arqueología

Plaza de Mondariz 6, 12º 4

28029 – Madrid, España

Ediciones del Signo

Aníbal Troilo 942, 5º 11

Buenos Aires (1197), Argentina.

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Impreso en Popayán, Cauca, Colombia. Printed in Colombia

A Ignacio, y al Volcán

Contenido

Arqueologías indisciplinadas al otro lado del vestigio.	
Una introducción	13
Vestigio y violencia	16
Indisciplinar los vestigios	22
Arqueología indisciplinada	24
Vestigio y violencia	27
Violencia epistémica y acción política	41
Ciudad y frontera	67
Hijos del (des)arraigo	79
Disciplina, plasticidad y alteridad en el estatuto epistémico del arte indígena	91
Tres miradas en la vitrina	103
La disciplina, después y al revés	107
Teorías arqueológicas y marco disciplinario	107
Anatomía disciplinaria	108
La disciplina después de la disciplina	112
Arqueología indisciplinada	115
La serpiente del carnaval	119
Escribir en/sobre el carnaval	119
Minería y bebida en la frontera	120
En busca de la agencia indígena, contra los imperios	121
Revolución y carnaval; la serpiente	123
Pregunta por la veta	125
Cuidando a los antiguos	131

Otra vez la minería. Movimientos indígenas y sociales	132
Conocer y vivir en la frontera	135
Tiempo de carnaval y la semiopraxis de la serpiente	137
Beber con los dioses	138
Otro brindis	140
Conversación con Ernestina Mamaní	145
La conversación	146
Arqueología, desarrollo y colonialidad	161
Adolescencia en Buenos Aires	161
Bienvenida al capital: adiós a la tierra	163
Vivir en la frontera colonial	168
Arqueología y colonialismo I: arqueología como desarrolladora	171
Arqueología y colonialismo II: arqueología y el licenciamiento del desarrollo	177
Arqueología y colonialismo III: colonialidad del tiempo	179
Arqueología y colonialismo IV: arqueología y violencia epistémica	184
Capital, sangre y arqueología	190
Parte de la conversación	193
Salida	193
Entrada	202
Relocalizar el conocimiento	205
¿Qué es el conocimiento?	205
Conocer como relación	207
Nometodología y arqueología indisciplinada	213
Vestigios de investigación	213
El problema es un problema	216
Conocimiento e interés	217
Perversa sospecha, trabajosa esperanza	218
La antropología en el frente de conquista	221
Investigación sin objeto	222

Indisciplinar la metodología	223
Situación	224
Antagonismo	226
Cartografía antagónica	227
Composición	230
Mudanza	231
Constitución y justicia	235
Parte de la conversación I	236
Parte de la conversación II	237
Parte de la conversación III	237
Teorías de la relationalidad	238
Nometodología y arqueología indisciplinada	241
El país de los bárbaros	244
Agradecimientos	245
Referencias citadas	247
Índice analítico	259

Lista de figuras

Figura 1.	Marcas de excavación descubiertas en la excavación en Colonia Dignidad, huellas del vaciamiento de la fosa común durante la “operación retiro de TV”	28
Figura 2.	Esténcil callejero	32
Figura 3.	Sepulcro de Hualfín	46
Figura 4.	Hallazgos de Hualfín	47
Figura 5.	Retratos de frente y perfil	49
Figura 6a.	Fotografía de Eduardo Aroca.	82
Figura 6b.	Fotografía de Eduardo Aroca.	83
Figura 6c.	Fotografía de Eduardo Aroca.	84
Figura 7a.	Fotografía de Eduardo Aroca.	86
Figura 7b.	Fotografía de Eduardo Aroca.	87
Figura 7c.	Fotografía de Eduardo Aroca.	87
Figura 8.	Juan Carlos Piñacué Achicué, la máscara de oro, y el reflejo.	104
Figura 9.	Ruinas de Loreto de Ingaguassi	122
Figuras 10a y 10b.	Ejemplos de decoración aplicada e incisa sobre asas cintas adheridas al labio de jarras, característica de la cerámica indígena del área de Ingaguassi en el siglo XVII	124
Figura 11a.	Fases sucesivas de instalación arquitectónica en el área alta (poblado) de Loreto de Ingaguassi ...	126
Figura 11b.	Fases sucesivas de instalación arquitectónica en el área alta (poblado) de Loreto de Ingaguassi	127
Figura 11c.	Fases sucesivas de instalación arquitectónica en el área alta (poblado) de Loreto de Ingaguassi	128
Figura 11d.	Fases sucesivas de instalación arquitectónica en el área alta (poblado) de Loreto de Ingaguassi	129
Figura 12.	Fases sucesivas de instalación de casas indígenas orientadas norte-sur con puerta al este	130
Figura 13.	Apacheta de piedras blancas formada junto al recinto a lo largo de la temporada	132
Figura 14.	Restos de la capilla de Nuestra Señora de Loreto de Ingaguassi, del siglo XVIII	139

Figura 15. Ch'alla (ofrenda, brindis) a la Pachamama junto a la apacheta formada en la anterior temporada de excavación arqueológica	140
Figura 16. Cartelera del “Museo del Hombre” con ilustraciones de niños de un colegio de la zona.	198
Figura 17. Cuadro realizado por Anacleto Chavez	200

Arqueologías indisciplinadas al otro lado del vestigio. Una introducción

• Qué es lo que hace atractiva a la arqueología? Me refiero al recurrente fenómeno por el cual casi todo el mundo se muestra interesado, intrigado, fascinado por una tarea que consiste en relacionarse con cosas antiguas, fragmentarias, restos de un pasado evanescente. Muchas veces se trata de esa misma atracción la que lleva a los jóvenes a estudiar arqueología en la universidad. Preguntados por ello, mis estudiantes más jóvenes responden que les interesa su historia, su identidad, que tratar con algo que está muerto y sin embargo vivo los emociona, que es un pasado lejano, desconocido, y sin embargo está allí en los vestigios, tangible, sensible. Lo interesante del caso es que, esos mismos estudiantes, preguntados por lo mismo tan solo un año después de entrenamiento disciplinario, difícilmente se apartarán de alguna versión más o menos especializada del aserto según el cual la arqueología es la ciencia que conoce el pasado mediante los restos materiales. Según lo entiendo, existe una experiencia de lo arqueológico¹ y una disciplina de esa experiencia; o, mejor aún, existe una experiencia del pasado que es personal, relacional, multiforme y conmovedora, y también existe una disciplina del pasado que intenta encasillar esa experiencia dentro de los cánones de una metodología de conocimiento riguroso, pero que al mismo tiempo disciplina la experiencia del pasado.²

1 *Experiencing the past. On the character of archaeology*, de Michael Shanks. London, Routledge, 1992.

2 *La conquête du passé. Aux origines de l'archéologie*, de Alain Schnapp Paris, Carré, 1993.

En el mundo moderno colonial esa experiencia del pasado y esa disciplina del pasado tienen el sentido adicional de erosionar o consolidar la *colonialidad*. Vamos por partes: la colonialidad es el proceso por el cual la subjetividad colonial, en lugar de constituirse a uno o a otro lado de la diferencia colonial entre colonizadores y colonizados, se constituye simultáneamente a ambos lados. El corolario de ese proceso es que el colonialismo no necesita que los colonizadores renueven las experiencias de conquista, puesto que los colonizados, que como efecto de la colonialidad también se ven ellos mismos como colonizadores y ven el mundo desde esa perspectiva, hacen ellos mismos el trabajo de recrear el mundo colonial. Ello implica que la subjetividad y el conocimiento sean los ámbitos hacia donde se traslada la maquinaria de la violencia. Uno de los aspectos fundamentales del pensamiento colonial es acerca del tiempo y la historia: el tiempo moderno colonial es una flecha dirigida hacia el futuro, donde la dirección de la flecha orienta a todo el mundo hacia los modelos representados por los colonizadores. El efecto es que la comprensión subjetiva del tiempo, siendo un aspecto de la constitución subjetiva, sea vista como si fuese la forma objetiva del tiempo. El tiempo pasado, el tiempo precolonial, es cosa que quedó atrás, y con ello toda posibilidad de pensar el mundo de manera autónoma, incluso diferente. Nada queda de un tiempo pretérito que permita recrearlo. *Nada* salvo lo arqueológico. Lo arqueológico, si nos detenemos a pensarla, es aquello que se nos presenta frente a los ojos y nos dice qué es el pasado que creímos ido. Digo bien: se nos presenta, es decir, se hace presente, coetáneo a nuestros ojos que lo miran. Lo arqueológico, entonces, propone una experiencia del pasado que pone en tensión la disciplina moderna colonial, su teoría del tiempo y la historia. Es pasado y es presente, es ido pero está aquí y puedo tocarlo, se origina en las vidas de otros hace tiempo perecidos pero al mismo tiempo (repito, *al mismo tiempo*) irrumpen en la vida de nosotros. Lo arqueológico se relaciona con nosotros que, como hasta ahora creímos, no tenemos relación con ese pasado arcaico. Y esa puesta en tensión de las certezas moderno coloniales que lo arqueológico efectúa no es intelectual, enunciativa, sino material, inmediata, semiopráctica. En resumen, las

cosas arqueológicas tienen ese poder de atraernos al sentido³ de simultaneidad de pasado y presente, un sentido que el orden moderno colonial se empeña en soterrar o, mejor dicho, en exiliar a tiempos premodernos, concentrar en campos de ignorancia o conocimiento imperfecto. Por ello es que la arqueología, una vez ella misma vuelta disciplina de conocimiento, despliega tanto esfuerzo en domesticar esa experiencia, en instrumentalizar la relación con lo arqueológico en pos de la obtención de un conocimiento acerca de lo que, vuelto objeto, es un pasado ubicado en un punto atrasado y alejado de la flecha en la que estamos.

Quisiera llamar la atención sobre una cosa: en los párrafos anteriores utilicé una expresión —lo arqueológico— como si fuese inocente, como si no fuese a requerir mayor explicación. *Lo arqueológico* tiene la significación general de *aquello con lo que trata la arqueología*, es decir, en parte mantuve la dependencia de *lo arqueológico* respecto de la arqueología como actividad. Pero al mismo tiempo hice referencia a lo arqueológico como cosas tangibles, que están aquí, es decir, como cosas, y no como ideas ni categorías abstractas ni expresiones lingüísticas de un discurso científico especializado. En cierto sentido, al expresar al vestigio de una manera cercana a la arqueología, mi intención es que este pensamiento acerca del vestigio permita discutir la manera en que lo piensa el canon experto (la disciplina arqueológica) pero al mismo tiempo me sirva como puente con la arqueología (como quehacer). En otras palabras, aunque pretendo aquí cuestionar los supuestos nodales y fundamentales de la disciplina arqueológica, también deseo emprender un rescate de la arqueología y entonces dejar tendidos unos puentes que me permitan volver a ella. Al mismo tiempo, todo cuanto hasta este momento hablé no es enteramente dependiente de la existencia de una disciplina del conocimiento (la arqueología), pues aquello que nombro como *lo arqueológico* es anterior a ella (tanto en términos del tiempo en que se origina como en términos del tiempo en

3 *Collectioneurs, amateurs et curieux. Paris-Venise XVI^e-XVII^e siècle*, de Krzysztof Pomian, Paris, Gallimard, 1987.

que es reconocido). Todo cuanto dije hasta ahora es acerca de un conjunto de cosas, ruinas, antigüedades, monumentos, cacharros, etc., que tienen en común el hecho de que, aun estando presentes, remiten a un tiempo remoto. Son cosas, no meras ideas. Pero esas cosas, por su mera presencia, discuten las ideas predominantes acerca del tiempo, que de tan predominantes nos parecían, no ideas, sino cosas.

Vestigio y violencia

En medio del paisaje de cerrado en el Brasil central se levanta Goiânia, capital del estado de Goiás. Muchas cosas me sorprenden de la ciudad y del estado, pero ninguna tanto como entrar al Instituto Goiano de Pré-Historia y Antropología dependiente de la Pontificia Universidade Católica de Goiás y encontrarme, frente a frente, con las enormes fotografías de indígenas amazónicos, con sus cuerpos pintados, sus cabellos cuidados, sus vestimentas, armas e instrumentos, colgadas de las paredes del pasillo, todos ellos mirando desafiantes a quien por allí quiera pasar hacia alguna de las puertas de entrada a oficinas y laboratorios. Una de esas puertas oculta, tras ella, un archivo de documentación audiovisual. Entrando allí uno se encuentra con un ambiente cuidadosamente equilibrado con controles de temperatura y humedad, escritorios con computadoras y escáneres ocupados por el personal de guardapolvos y barbijos, y luego el depósito del archivo propiamente dicho, en sala aparte, con decenas de estanterías con ubicación codificada, donde centenares y miles de cajas de cintas de celuloide esperan ser conservadas y catalogadas. Miles de horas de filmación de indígenas txucahamãe, txicão, suruí, cinta larga, uru-eu-wau-wau, marubo, kampa, kaxinawá, atroari, yanomami, hixcarina y otros, todos ellos registrados por las cámaras de Jesco von Puttkamer y otros documentalistas, en sus propios mundos transformados ya en *frentes de atracción* durante la segunda mitad del siglo xx.⁴ En las fotografías se los

4 Os últimos días do Éden. As imagens de W. Jesco von Puttkamer, editado por Roberto Linsker, São Paulo, Terra Virgem, 2005.

ve con los pies en su tierra, afirmados al mundo, poderosos, por completo desprevenidos de lo que la civilización les tenía preparado. Los registros fílmicos los muestran de la mano de sus dioses; de allí deriva su poder, su acechanza al caminar por el pasillo. Sus mundos ya no existen sino dentro de las cajas de envase de los celuloides; con temperatura y humedad controladas. Me dijeron que, de tanto en tanto, grupos de jóvenes que viven en las periferias urbanas visitan el centro de documentación audiovisual, y ven allí cómo eran los rostros de sus padres y abuelos, cómo sonaban las plegarias a los dioses, qué conversaciones mantenían esos mundos que podrían haber sido suyos, con qué animales y qué plantas, cuáles eran las caricias y cuándo las sonrisas. ¿Puede el registro de los conquistados ser otra cosa que artefacto de conquista?

Es inmensa la violencia que encierra ese archivo, pero no es mayor a la que guarda un depósito de objetos arqueológicos; que la vida y el depósito de archivo estén mediados por más o menos tiempo no dice nada acerca de la cantidad de violencia que los relaciona. El tiempo transcurrido no incide en la cesación de su transcurso: independientemente de la magnitud o distancia entre dos puntos en el tiempo; la violencia sigue ocurriendo y esos pasados no han dejado de pasar. Pero el objeto arqueológico se nos quiere presentar como un vestigio mudo de un tiempo pasado, como un instrumento de conocimiento que está allí solo con ese sentido, y no como parte de una relación: la condición de posibilidad de nuestro mirar ese objeto, de estar ese objeto en un depósito, la condición de posibilidad del régimen de cuidado del museo, es la violencia colonial. Una misma violencia nos condiciona a nosotros y al objeto, y a la relación que tenemos: mirarlo y ser mirado. Por lo que venimos a aprender, de la mano del centro de documentación audiovisual de Goiânia y de la acechanza de las víctimas de la violencia de la conquista brasileña, que el objeto arqueológico tiene un lado no evidente, un lado oscuro y al asecho: la violencia. Pero no es una violencia que le ocurre al objeto, ni ese objeto es mero vestigio de una violencia ocurrida tiempo ha. Esa misma violencia es condición de mi misma relación con el mundo, y dentro del mundo, con ese singular objeto.

Jesco acompañaba a los hermanos Vilas-Boas hacia la frontera, documentaba la llegada de los indios a los frentes de atracción que aquellos producían, una modalidad de expansión que abría el camino para otras formas menos amables que el ofrecimiento de presentes. Otros tramos del monte fueron abiertos por los Vilas-Boas mientras Jesco lo registraba con su cámara. Esta vez no en la floresta amazónica en tierra de indios, sino en pleno cerrado goiano, una ciudad del futuro para la fundación del nuevo estado brasileño; una metrópoli moderna y de vanguardia en el corazón de Suramérica, Brasilia fue documentada por Jesco von Puttkamer en su construcción por los Vilas-Boas, como parte de la misma serie de acciones que los llevaba del nuevo centro a las nuevas fronteras. La misma cámara, el mismo fotógrafo: ¿cuál de ambas escenografías describe más acabadamente el camino al mundo moderno? ¿Hemos de encontrar las huellas de la violencia del mundo moderno colonial en la magníficente y megalómana arquitectura de Niemeyer hoy sede de la administración de uno de los estados más poderosos del mundo, o en las tranquilas estanterías de clima equilibrado del Núcleo de Documentación Audiovisual del IGPA en Goiânia?

Guardamos aquí las evidencias materiales de la manera en que nos hicimos modernos”, dijo mi amigo Sven Ouzman cuando entrábamos al Museo Iziko en donde él trabajaba. *Humanos modernos*, o *anatómicamente modernos*, es la manera abreviada con la que los especialistas se refieren a la especie humana tal cual es en la actualidad. Pero más allá de la manera abreviada, la sentencia de Sven habría de tener otros sentidos.

Conocí el Museo Iziko, antes de que llevara este nombre, en 1999. Recuerdo que entonces me sorprendieron dos cosas: la importancia, proporcional a su tamaño, que en el museo se les daba a los grandes cetáceos y el diorama bosquimano. Esto último merece una detención. Se trataba de una vitrina de grandes proporciones dentro de la cual se representaban algunas personas en tamaño natural, vestidas de lo que habrían de ser los atuendos de una familia bosquimana (san), en una escena del desierto del Kalahari, cada uno actuando las acciones que se esperaba que actuaran (la mujer cocinando, los niños

jugando, el varón cazando). Sobre la pared lateral al diorama, un par de paneles explicativos contaban la manera en la que, en las primeras décadas del siglo xx, se había confeccionado esa escena representativa de la vida cotidiana san. Los maniquíes habían sido vaciados en moldes de yeso tomados directamente sobre los cuerpos de los modelos de bosquimanos. Estos, sin ser necesariamente bosquimanos, eran trabajadores de Ciudad del Cabo que, por su fisonomía, habían sido considerados como *típicos bosquimanos* por los científicos empeñados en su representación. Debieron permanecer inmóviles hasta que las aplicaciones de yeso fraguaran sobre sus cuerpos desnudos, respirando por unos canutos que les introdujeron por la boca, y soportando las altas temperaturas que alcanza la fragua de yeso y que les produjeron quemaduras en la piel. Toda esa compleja y dolorosa intervención sobre unos cuerpos de clase trabajadora urbana tenía el preclaro objetivo de alcanzar una representación genuina de la cotidianidad de los bosquimanos del desierto, *en tamaño natural y tal cual estos son.*

Según se me informó en 2011 durante mi segunda visita,⁵ el debate y la crítica habían provocado que el diorama fuera retirado de la exposición, por lo que debí renunciar a mi expectativa de volver a enfrentar la experiencia de la *verdadera* vida cotidiana san. En contraste, mi viaje en 1999 había concluido con un breve recorrido por el desierto de Kalahari, donde solo pude hallar gente san del lado de afuera del alambrado que delimitaba el parque nacional Kalahari, ofreciendo a los ocasionales turistas artesanías en cuerno de antílope. Los modelos de san habían sido inscritos en un régimen de manipulación en el cual servían de instrumentos de conocimiento de los originales san. Y esta relación, la del conocimiento como cosa externa, era toda la relación que al museo le importaba. Renovada la museografía, y bajo

5 Esta segunda visita fue relatada por Nick Shepherd en “The Humility of Sarah Baartman: Materiality, memory, experience and contrapuntal accounts”, en *Modern Materials: Proceedings from the Contemporary and Historical Archaeology and Theory Conference 2009*, editado por B. Fortenberry y L. McAtackney. Oxford: British Archaeological Reports, páginas 119-121.

el paradigma de la nueva nación multicultural, el diorama sonaba como una interjección incorrecta, por lo que había sido eliminado. Sven nos invitó a ingresar y recorrer los depósitos del museo, a Nick Shepherd, a mí, y a un pequeño grupo de estudiantes que aprovecharon la rara ocasión de ingresar al área vedada al público.

Los depósitos del Museo Iziko se parecían a los depósitos de todo museo arqueológico: decenas de estanterías, con todos sus estantes ocupados por cajas, todas ellas cerradas con un código de identificación por fuera y algún contenido dentro. En el caso de este museo, el contenido eran miles de restos óseos humanos y de artefactos, en su mayoría de piedra, retirados por decenas de arqueólogos durante algo más de cien años, del territorio sudafricano. Eran los huesos que atestiguaban la progresiva evolución humana hasta la forma anatómicamente moderna. Se trataba, asimismo, de una manera notoriamente moderna de entender la relación con los antiguos y de proceder con ellos.

Otras dos presencias llamaron la atención de los visitantes en los depósitos del museo. Una de ellas era una caja de madera de dimensiones muchísimo mayores a las restantes. No se trataba de una caja para guardar materiales excavados por los arqueólogos, sino de una caja en donde volvió a Sudáfrica Sarah Baartman, una mujer khoi-san llevada a Inglaterra en el siglo XIX para ser exhibida desnuda como ejemplar de femineidad esteatopígica y primitiva a los ojos de los muy morales y civilizados caballeros ingleses, y luego trasladada a Francia, donde murió y, finalmente, su cadáver fue desguazado y parcialmente exhibido en el Museo del Hombre de la Place du Trocadéro de París. Era una caja por cierto distinta a los centenares de cajas que en el depósito guardaban los restos excavados. Una diferencia que tal vez hizo que llamara la atención de quienes formábamos parte del grupo de intrusos en el depósito. Pero el hecho de que fuera guardada allí vacía, aún ocupando un considerable espacio de almacenaje, fue la condición de que pudiera llamar la atención a los visitantes. El embalaje de los restos de Sarah es el ataúd en que la retornaron al lugar de donde nunca

debió haberse ido. Las cajas y en general los embalajes, así como los soportes de los registros, fotos, videos, escritos, los depósitos que los albergan, es decir, cajas aún mayores, y las vestimentas y cuerpos de los técnicos e investigadores, acaban por devenir huellas de las violencias del pasado; violencias que no cesan de suceder, según nos lo dicen, como vivientes espectros de los muertos, las huellas.

Por último, tan espirituales como pudieran ser, en un rincón de un último salón de los depósitos, junto a una mesa, un grupo de cuerpos humanos cubiertos con sábanas blancas aguardaban entretenidos en silenciosa tertulia. Bajo las sábanas no había otra cosa que los vaciados de los moldes de yeso de los modelos que habían posado para la creación del diorama bosquimano, hace casi un siglo, en ese mismo museo. Mudos pero elocuentes, los negativos de los negativos de los modelos, hablaban de la violencia sobre los cuerpos trabajadores y sobre los originarios habitantes de África del Sur, sobre la que la estructura colonial asentaba sus bases. Como mencioné, el diorama había sido retirado de la muestra, aunque sin embargo subido a una silla ante un descuido de los guardas de seguridad, alcancé a divisar que el diorama permanecía allí intacto pero oculto tras un panel de madera que emulaba una pared y que lo excluía de la vista. Una violencia que se resistía a ser del todo violentada o una huella de una violencia que seguía ocurriendo.

La relación entre vestigio y violencia es intrincada, conformando cuerpos y mundos mediante la estratificación de acciones y contracciones, adiciones y sustracciones, positivos y negativos. Tales estratigrafías son secuencias de violencias relacionadas unas a otras, aunque entre secuencias pueda haber disrupciones y dislocaciones. Son las secuencias completas las que agencian el presente, no como mero instrumento de conocimiento del pasado, sino como proceso de formación relacional. Existen dos visiones disciplinadas que obliteran las relaciones secuenciales de la violencia colonial y oscurecen la copresencia simultánea del pasado y el presente en los vestigios de la violencia: la superficial y la *preterizante*. La primera ignora la profundidad

secuencial de formación de las relaciones presentes y es incapaz de leer el presente como no sea en términos de una sistémica *coocurrente*; la segunda remite los vestigios a un pasado ido y no relacionado, cuya presencia cobra sentido solo mediante su instrumentalización epistemológica para alcanzar el conocimiento disciplinado de ese pasado. Por el contrario, negando la negación de la relación mutuamente constitutiva de pasado y presente, es necesario comprender a los vestigios como copresencia simultánea en el marco de una estratigrafía secuencial de la violencia; pero ello no puede ser un mero dispositivo epistemológico por el cual vehiculizar un mayor o más acabado conocimiento: no se trata de desligarse de los supuestos disciplinarios con el objeto de conformar un gobierno aún más disciplinado. La vestigialidad de la violencia es asimismo un aspecto epistémicamente constitutivo y subjetivante. Es como resultado de la estratificada interdigitación de violencias que el relacionamiento presente se constituye, así en lo que respecta al colonialismo objetivo como a la colonialidad subjetiva. Pues el otro lado del vestigio oculta una violencia que ni le ocurre solo al objeto ni solo ha transcurrido hace mucho. Mi propia relación con el mundo y con ese vestigio tiene a esa misma violencia como condición. Yo mismo me encuentro estratificado en la secuencia de violencias y estoy hecho de esa misma materia.

Indisciplinar los vestigios

El vestigio es, como trato de diversas maneras en este libro, mucho más que aquello que resta del pasado. Asimismo, el vestigio agencia el conocimiento mucho más allá de su utilidad como medio para conocer el pasado. El vestigio importa un foco de atención sobre algo que está más allá de sí mismo. Este poder semafórico⁶ es lo que explica la generalidad de la experiencia arqueológica, siempre que consideremos a esta como la experiencia de lo arqueológico independientemente

6 Pomian, op. cit.

de su inclusión en un marco disciplinario. Se trata de una experiencia de la simultaneidad de pasado y presente, materia y espíritu, *cosidad* y *agentividad*, vida y muerte; y sin dudas se trata de una experiencia suficientemente potente. Es en la modernidad colonial que esa experiencia requiere ser controlada, en principio porque contradice los fundamentos mismos de la modernidad. Esta requiere como condición ontológica que el tiempo tenga una forma vectorial, que los modernos se orienten como flecha al futuro, y que el pasado sea un tiempo superado por la propia modernidad.⁷ Sin tradición no hay modernidad, y viceversa, y la existencia de ambas como pilares del tiempo moderno requiere que el tiempo tenga la forma que permita desplazar una de otra, separarlas, medir la distancia entre ellas, abolir una y promover otra como exigencia metafísica.

En un mundo en el que unos deban ser llevados hacia adelante en el tiempo por aquéllos que están ya más avanzados, aunque ello implique invadirlos, colonizarlos, someterlos y transformarlos, no cabe espacio para tiempos simultáneos, convivencias con el pasado y agentivididades de los muertos y antepasados. Resulta imperativo, pues, gobernar el potencial disruptivo de la experiencia arqueológica: la disciplina no es mera consecuencia fortuita de la acción azarosamente concurrente de unos cuantos sabios y otros tantos curiosos. Por el contrario, la disciplina arqueológica es una exigencia epistémica de la modernidad colonial. Al instrumentalizar el vestigio para obtener un conocimiento, la disciplina arqueológica se convierte ella misma en instrumento de la colonialidad. Disciplinar el vestigio acaba por ser el arma que concluye la tarea que las armas iniciaron.

Indisciplinar el vestigio conlleva retornarle su potencia antimoderna y decolonial. Desde un mero punto de vista epistemológico sería abordar la simultaneidad como apertura al conocimiento, traspasar los umbrales divisorios de la ciencia

7 Shanks, op. cit.

colonial, conectar lo que la disciplina ha separado y fluir aquello que ha sido estancado. La arqueología —Foucault, Freud y Marx lo anticipan— es una herramienta fundamental del conocimiento contrahegemónico. Pero, al mismo tiempo, y dado que las relaciones evestigiales son simultáneas, estratificadas y constitutivas tanto del mundo como de nuestra relación en el mundo, el otro lado del vestigio importa mucho más que una apertura al conocimiento.

Arqueología indisciplinada

Cuando preguntamos a uno de los pobladores (Jerónimo Y.) sobre el nombre de un *antigal* en particular, lo refirió de este modo: “Ese es un festejo de los indios”. En un primer momento entendimos que se trataba de un nombre propio ya que lo estábamos inquiriendo por uno de los sitios que se encontraba emplazado en la Aldea Arqueológica Piedra Negra (Distrito Laguna Blanca). Aunque lo adoptamos como nombre propio, posteriormente comprendimos que seguía tratándose de un apelativo genérico, que él llamaba así a *todos los antigales*. Frente a la sorpresa que nos provocó esta curiosa denominación, exploramos sobre los motivos de su uso con reprenguntas a distintas personas y en distintos contextos, y pudimos advertir que uno de sus términos iba sufriendo transformaciones sobre una base fija. En este sentido *festejo* a veces podía ser usado indistintamente como *festigios*, y dado que con este significante se referían a lo que en la jerga profesional llamamos sitios arqueológicos, nos hizo suponer que el mismo podría tratarse de una modificación del término *vestigios*. Consecuentemente, pudimos apreciar el uso del término *festejitos* para aludir a las evidencias arqueológicas muebles, algo que guardaba su nuevo sentido y ayudaba a dotar de un significado

para los referentes de lo que en la arqueología nominamos como *restos arqueológicos/fragmentos de la cultura material/artefactos*".⁸

Así, en Laguna Blanca se nos ofrece el festejo, la forma cultural andina de la comunicación ritual con los dioses, como el otro lado del vestigio. Pues al otro lado del vestigio están todas las relaciones en las que la cosa localmente es, pero también todas las relaciones que han sido seccionadas por los dispositivos modernos coloniales y estratificadas las violencias, y reacciones a las violencias, que la constitución de la colonialidad ha ido sedimentando.

Acaso debamos pensar entonces que el vestigio no es simplemente un instrumento de conocimiento, sino el conocimiento mismo. Tal vez esto sea lo que Severo Reales nos haya explicado, cuando dirigiéndose al sitio arqueológico que nos proponíamos excavar, y ofreciéndole coca, alcohol y cigarro, le pidió que "Criara lindas cositas para don Ale".⁹ Si la cosa no es mera cosa sino las relaciones en las que la cosa es, pues entonces el conocimiento también ha de ser comprendido, ya no como cosa a ser apropiado, enunciado, difundido por unos en detrimento de otros, sino como relación de conversación. Ya estamos en relación al vestigio, y es en esa relación que se produce el conocimiento. Este es tanto acerca de la relación como la relación misma. Expandir las relaciones de conocimiento por todos aquellos cauces por los que ha sido interrumpida, conectarla por todos aquellos puntos por donde ha sido seccionada, vincularla entre todas las distintas texturas y textualidades que han sido mantenidas por separado unas de otras son las tareas de la arqueología indisciplinada; pero esta no es una tarea intelectual ni especializada, pues es una tarea de relación. La arqueología indisciplinada tiene mucho que ofrecer en

8 "Tesoro de lagunismos. Ensayo de arqueología lingüística de la Puna catamarqueña", manuscrito de Daniel Delfino, a quien agradezco me haya facilitado el fragmento citado.

9 "Severo's Severity and Antolín's Paradox", de Alejandro Haber, en *e-Flux* 36, 2012b.

la conversación, y mucho que aprender. Pues se trata de relaciones de insubordinación a la colonialidad, que desanden las estratigrafías de la violencia, reconozcan las conexiones subterráneas y traspasen los deslindes de géneros y texturas.

Reúno en este libro algunos textos, todos ellos aventuras de arqueología indisciplinada acerca de la política de conocimiento en contextos interculturales poscoloniales. Muestran estas escrituras las relaciones que han querido develarse al otro lado del vestigio.

Vestigio y violencia

Este libro podría haber comenzado por la imagen que muestra la *Figura 1.*¹⁰ A primera vista, en la fotografía, Iván Cáceres no muestra nada. Solo el fondo de una excavación, la tierra rasguñada por las garras de una retroexcavadora. Lejos de pretender que esa imagen nos lleve a conocer aquello que pasó, más bien podría ser una foto de lo que nos pasa; es decir, aquello que nos sucede ahora. Habría que adentrarse un poco más en el sentido que le quiero dar a esta imagen, a estas palabras, habría que extenderse por el alcance de la primera persona que aquí pluralizo, pero sobre todo habría que ver a esta foto como la cosa que, entre una de muchas maneras posibles, se enuncia como “historias desaparecidas”.¹¹ Tal vez sea esta foto una puerta de entrada a la pregunta por la relación entre la arqueología, la memoria y la violencia.¹²

-
- 10 Una versión anterior de este texto fue publicada como “Vestigio y represión en la arqueología de la violencia”, en el volumen *Historias desaparecidas: arqueología, memoria y violencia política*, compilado por Andrés Zarankin, Melisa Salerno y María Celeste Perosino, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca y Grupo Editorial Encuentro, Catamarca y Córdoba, 2012. Preparado originalmente como comentario final y epílogo del mencionado volumen, revisa algunos aspectos de textos en el mismo contenidos. El comienzo hacía referencia al volumen originario; he decidido dejarlo, pues bien podría ahora hacer referencia a este volumen.
 - 11 *Historias desaparecidas: arqueología, memoria y violencia política*, compilado por Andrés Zarankin, Melisa Salerno y María Celeste Perosino, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca y Grupo Editorial Encuentro, Catamarca y Córdoba, 2012a.
 - 12 Ibídem.